

WALTER BENJAMIN

por Carlos Muñoz Gutiérrez

Walter Benjamin es el pensador de lo fragmentario, de lo particular, de lo singular. Ese es su método. Su carácter destructivo:

El Carácter destructivo no ve nada duradero. Pero por eso mismo ve caminos por todas partes. Donde otros tropiezan con muros o con montañas, él ve también un camino. Y como lo ve por todas partes, por eso tiene siempre algo que dejar en la cuneta. Y no siempre con áspera violencia, a veces con violencia refinada. Como por todas partes ve caminos, está siempre en la encrucijada. En ningún instante es capaz de saber lo que traerá consigo el próximo. Hace escombros de lo existente, y no por los escombros mismos, sino por el camino que pasa a través de ellos.

El carácter destructivo no vive del sentimiento de que la vida es valiosa, sino del sentimiento de que el suicidio no merece la pena

(W. Benjamin. EL Carácter Destructivo)

Así fue también su vida: fragmentaria, fracasada, mísera hasta el punto de quitársela en Port Bou en 1940 huyendo de la persecución nazi, arrastrando su condición judía junto con una enigmática maleta negra que valía más que su vida, enfermo, en una travesía donde el miedo y el desconsuelo debieron ser su compañía. Ni siquiera sus buenos amigos pudieron evitarlo y eso que fue cuidado, protegido, sustentado económicamente y querido por muchos de ellos: Adorno, Bloch, Bataille, Scholem, Horkheimer, Brecht. Sospecho que todos ellos, que gozaron de su persona, advirtieron ya su aura. Si como el propio Benjamin definiera el aura como valor estético fundamental de su reflexión, si *el aura es la autenticidad de una cosa que desde su origen puede transmitirse desde su duración material hasta su testificación histórica*, el pensamiento de Benjamin posee un aura especial.

Benjamin *flâneur*, Benjamin coleccionista, Benjamin aburrido que contempla el futuro como la acumulación de la ruina de la barbarie, que reconoce en su época la estupidez humana que ilumina lo no valioso, que se asombra de la moda, de la exposición universal, del progreso de la técnica hasta convertir lo humano en fantasmagoría, fetichismo de una mercancía que le oprime.

El Flâneur está aun en el umbral, tanto de la gran ciudad como de la

clase burguesa. Ninguna de las dos ha podido con él todavía. Busca su asilo en la multitud...La multitud es el velo a través del cual la ciudad habitual hace un guiño al flâneur, como si se tratase de una fantasmagoría. Con la multitud, la ciudad tan pronto es paisaje como habitación. Cosas ambas construidas luego por el gran almacén, que aprovecha la misma flaneríe para la venta de mercancías. El gran almacén es el último territorio del flâneur.

Con el flâneur, la intelectualidad se dirige al mercado. Cree ella que para observarlo, cuando en realidad es para encontrar comprador.

(W.B. Libro de los Pasajes, 45)

El Flâneur se hace detective que persigue las huellas dejadas en el interior, también éste es el fin del coleccionista. Benjamin abandona la gran historia para encontrar las huellas que el tiempo ha dejado en el interior, para descubrir, al igual que el flâneur, que la individualidad mejor definida no escapa del tipo, de la categoría. Lo nuevo no es más que la fantasmagoría del "siempre lo mismo". Esa es la paradoja del moderno. Corre apresurado en busca de lo nuevo y no encuentra sino lo mismo. Y esa es la actualidad de Benjamin en una época que asume la imposibilidad de lo nuevo, que comprende que el progreso no lleva a lo mejor, que la técnica no ofrece sino nuevas mercancías y que su obtención exige la misma explotación que la historia muestra.

Por eso, ya lo vio Baudelaire, lo único nuevo es la muerte. Lo nuevo es una cualidad independiente del valor de uso de la mercancía. Por eso la moda es Doña Muerte. *"Hasta el fondo de lo Desconocido para encontrar algo Nuevo"*

Esta es la reflexión que Benjamin concluye en su gran proyecto de los Pasajes, en donde intenta mostrar cómo la historia no es sino otra fantasmagoría que responde a la propensión del hombre a dejar huella de su existencia individual privada en las habitaciones que habita. Encuentra su seguridad en la producción de mercancías duraderas. Sin embargo en este proceso la humanidad hace el papel de condenado. La fantasmagoría iluminada en la que hemos convertido la historia de la humanidad es un continuo empobrecimiento, es barbarie, es estupidez. Benjamin es sobre todo el pensador de lo que nos hace idiotas, viéndolo de lejos como el *Angelus Novus*, el cuadro que Klee le regalara y que fue una de sus únicas propiedades:

Hay un cuadro de Klee que se llama Ángelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar

a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irretentiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Nos hemos hecho pobres. Hemos ido entregando una porción tras otra de la herencia de la humanidad. Y quizá Benjamin aceptó esa pobreza e hizo, como nos recomendó, algo decoroso. Borró sus huellas, aunque no por completo. Y es su clarividencia, la fuerza de su pensamiento, su lucidez lo que alumbra hoy su imagen de bárbaro. El bárbaro que tienen que comenzar desde el principio, a empezar de nuevo, a apañárselas con poco. ¡Qué rendimiento! ¡Con qué poco Benjamin nos legó tanto! No, no borremos sus huellas, rastreémoslas como un flâneur, conservémoslas como un coleccionista, investiguémoslas como un detective porque entre sus líneas hay un pensamiento salvador que puede devolvernos la humanidad que aún tenemos empeñada.